

Juan Ignacio Castien Maestro

Profesor, Departamento de Psicología Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, UCM.

Correo: jicastien@hotmail.com

MODERNIZACIÓN Y REGRESIÓN EN AFGANISTÁN. UN ENSAYO DE INTERPRETACIÓN

Resumen

La historia de Afganistán en sus últimas décadas es la de una modernización truncada. Pero la regresión actual en su proceso previo de modernización puede contemplarse como una más de esas regresiones que en su caso se han ido alternando con otros períodos de genuina modernización. Los fundamentos de esta peculiar alternancia parecen residir en la precariedad mostrada por sus instituciones modernas, en contraste con la solidez de sus formas de organización tradicionales y, en gran medida, tribales. Estas formas de organización tradicionales han dificultado generalmente el avance de la modernización y se han fortalecido cada vez que la misma ha quedado bloqueada.

Palabras clave

Afganistán, tribus, Islam, modernización, clientelismo.

Abstract

*The history of Afghanistan in the last decades is a truncated modernisation. However, the actual regression in its previous process of modernisation can be seen as one of those regressions combined with periods of genuine modernisation. The foundations of this peculiar alternation seems to lie in the insecurity of its modern institutions in contrast with the strength of its traditional and largely tribal forms of organisation. These have generally complicated the progress of modernisation and have been strengthened whenever that progress has been blocked.*KeyWords.

KeyWords

Afghanistan, tribes, Islam, modernisation, clientelism.

MODERNIZACIÓN Y REGRESIÓN EN AFGANISTÁN. UN ENSAYO DE INTERPRETACIÓN

UNA MODERNIZACIÓN TRUNCADA

La historia más reciente de Afganistán es, sin duda, dramática. No obstante, la actual postración del país no justifica ningún fatalismo histórico. De acuerdo con el mismo, el tribalismo, las rivalidades interétnicas, el oscurantismo religioso y las propias condiciones orográficas estarían confabulados desde tiempos inmemoriales en contra del progreso del pueblo afgano. Esta concepción esencialista tan difundida desdeña un pasado previo con momentos de un gran esplendor, así como los notorios progresos experimentados con anterioridad a la invasión soviética. Lo ocurrido en las últimas décadas no sería entonces tanto una mera prolongación de un retraso secular como la historia de una modernización truncada. Más en concreto, la historia afgana en los dos últimos siglos se nos presenta como una curiosa alternancia entre modernizaciones y regresiones, entre períodos de conformación de una sociedad más compleja, diversificada e integrada y otros de retroceso parcial hacia unas estructuras sociales más simples y hacia una menor cohesión interna. Esta oscilación tan peculiar no ha exhibido, sin embargo, una naturaleza rigurosamente circular. Se ha asemejado más bien a una espiral lentamente ascendente, pues, en definitiva, a pesar de todos los retrocesos padecidos, Afganistán se ha ido modernizando con el paso del tiempo. Esta combinación de avances y retrocesos ha sido el resultado de un balance inestable entre tendencias contrapuestas. Nuestro objetivo en este artículo es entender esta dinámica en sus líneas generales, desentrañando los principales factores que la han estado activando. Con este fin, hemos procedido al estudio bibliográfico de los distintos períodos de la historia afgana. A partir suyo hemos trazado una suerte de panorámica global de esta historia. Una panorámica semejante ha de poseer por fuerza un carácter sumamente abstracto. Nuestro propósito era determinar ciertas pautas y no describir ciertos acontecimientos en detalle. Nos hemos interesado, así, más por la sociología histórica que por la historia en su acepción más descriptiva, lo cual tiene sus virtudes, pero también sus limitaciones.

PRELUDIO. LA SOCIEDAD AFGANA TRADICIONAL

Los territorios que hoy en día constituyen Afganistán han estado integrados durante más de un milenio dentro del espacio de la civilización islámica clásica. Esta civilización quedó conformada por la expansión del Islam durante la Edad

Media, fundamentalmente a través de la conquista militar. Se trata de un conjunto de sociedades, conectadas entre sí por vía terrestre, cuya cultura continúa aún hoy en día vertebrada en amplia medida por la ideología islámica. Quizá el rasgo más destacado de esta civilización islámica clásica haya sido el intenso contraste entre la aridez y la impenetrabilidad de ciertas áreas, como las montañas y los desiertos, y la fertilidad y accesibilidad de otras. Esta división geográfica ha servido históricamente de fundamento para una marcada oposición entre sistemas sociales. Si en unos lugares predominaban un nomadismo y una agricultura de subsistencia, encuadrados casi siempre por sistemas tribales y relativamente igualitarios, en los otros imperaban, en cambio, una agricultura más productiva, una sofisticada vida urbana, una elaborada organización estatal y unas marcadas jerarquías sociales. Las relaciones entre ambos sistemas sociales eran muy complejas. A menudo, los pobladores de las áreas tribales saqueaban y conquistaban las ciudades y sus campos y actuaban como un claro freno para su desarrollo. Pero en otros casos les suministraban mercados para sus productos y valiosos contingentes militares, dada la mejor preparación bélica de las poblaciones tribales. A veces estas fuerzas mercenarias acababan haciéndose con el poder y fundando nuevas dinastías. Las regiones tribales constituían también un espacio que conectaba entre sí a las distintas regiones urbanizadas y estatalizadas. A través suyo discurría un provechoso comercio a larga distancia, que reportaba a menudo unos excedentes vitales para el sostenimiento de las estructuras urbanas y estatales, al igual que podía ocurrir con el botín obtenido con las expediciones militares. En este comercio intervenían también con frecuencia las poblaciones tribales, ya fuese como salteadores, protectores o caravaneros (cf. Amin, 1986: 27-39; Castien Maestro, 2013: 169-171).

El eje de esta organización tribal estaba constituido por la filiación patrilineal. Los miembros de un mismo linaje por vía paterna habían de colaborar y ser solidarios entre sí, tanto en el trabajo como en la guerra. De este modo, la unidad de linaje era además con gran frecuencia una unidad corporativa. Estos vínculos por filiación se articulaban, asimismo, con los basados en las alianzas matrimoniales, con lo que podían establecerse también lazos cooperativos con los patrilinajes de las esposas y de las madres. Empero, la correspondencia entre las unidades de linaje y las unidades cooperativas realmente existentes no era absoluta. A veces no se cooperaba con los parientes, por la razón que fuese. Del mismo modo, podía interesar colaborar con gentes con las que no se mantenían vínculos de alianza ni de filiación. En casos semejantes, lo más habitual era manipular las genealogías con el fin de ajustarlas a las situaciones sobre el terreno, así como acabar integrando a los extraños mediante matrimonios concertados. Por otra parte, las unidades de linaje podían diferir en cuanto a su amplitud y en cuanto a su densidad interna. Podían ser más o menos amplias, es decir, podían integrar a individuos más o menos distantes en cuanto a sus vínculos patrilienales, en función de la mayor o menor lejanía de sus antepasados comunes. Este criterio permitiría distinguir entre unidades de menor amplitud genealógica, como los “clanes”, y otras más extensas, como las “tribus”, integradas además por un mayor número de personas. Por regla general, la mayor amplitud de una unidad de linaje implicaría,

en contrapartida, una menor densidad en cuanto a las relaciones sociales dentro de la misma. En otras palabras, esta unidad de linaje más extensa no se correspondería tan claramente con una única unidad cooperativa de carácter económico y militar, sino que con seguridad anidarían en su seno varias diferentes. Por esta misma razón, el papel de estas grandes unidades tendía a ser mucho menos relevante en la vida cotidiana de sus integrantes. Posiblemente la identidad ligada a las mismas sólo se activase bajo determinadas circunstancias, como una campaña militar, manteniendo el resto del tiempo una existencia más bien virtual (cf. Tapper, 2011).

El mundo tribal presentaba, en principio, un fuerte igualitarismo, derivado de su escasez material y de las obligaciones hacia los más débiles, que impedían concentraciones importantes de riqueza y poder. No obstante, ciertos linajes podían disponer de más y mejores tierras, o haberse enriquecido mediante el comercio y la guerra. Ello podía permitirles imponerse relativamente sobre otros grupos de filiación menos afortunados. Se establecía, así, una jerarquía entre linajes. Del mismo modo, dentro de cada uno de ellos, algunos individuos sobresalían por su carisma, sus capacidades guerreras y su generosidad. Estos individuos podían construir un liderazgo informal y convertir a sus parientes en sus seguidores, entre los cuales podían repartir, por ejemplo, el botín de sus incursiones guerreras, y reclutar también aliados a través de una hábil política de alianzas matrimoniales. El líder recreaba, de este modo, relaciones clientelistas con sus seguidores. Sin embargo, este liderazgo seguía siendo débil y precario. Los clientes podían cansarse de un caudillo demasiado autoritario y exigente y su liderazgo se encontraba sometido también al eventual desafío de posibles rivales. La situación cambiaba cuando se disponía de mayores riquezas, gracias a unos mayores rendimientos agrícolas o ganaderos, a la guerra o al comercio. Los líderes podrán establecer entonces vínculos clientelistas más substanciosos. Las diferencias sociales no sólo se volvían entonces mucho más amplias, sino que adquirirían además un carácter más duradero e, incluso, hereditario. Las instituciones tradicionales, como las asambleas de parientes, perdían igualmente mucho de su anterior sello democrático y devenían en un coto cerrado, en donde los notables manejaban a su antojo a unas clientelas cuyo papel se reducía al de brindarles su apoyo frente a algún competidor. El sistema en su conjunto tomaba, de este modo, un carácter “semifeudal” y aparecía lo que podemos denominar una aristocracia tribal. Todo ello tenía clara repercusiones sobre el propio sistema de linajes. Probablemente, se establecería una clara jerarquía entre linajes, justificada por la desigual valoración concedida a sus distintos antepasados epónimos. Un último resultado de todo este proceso de jerarquización estribaba en la densificación de la tribu, es decir, en el incremento de las relaciones sociales relevantes dentro de la unidad de linaje de mayor amplitud. La existencia de un caudillaje más estable volvía ahora más fácil la movilización del conjunto de la tribu. La tribu cobraba, en consecuencia, una existencia más estable, gracias a las aristocracias tribales que la activaban al servicio de sus intereses particulares (Gregorian, 1969: 39-43; Rubin, 2002: 22-32).

Todo este proceso de jerarquización podía desarrollarse con más facilidad cuando el sistema tribal no se encontraba aislado, sino en interacción con otros sistemas sociales más complejos y dotados de mayores riquezas, tal y como solía suceder precisamente en el mundo islámico clásico. Gracias a su relación con las áreas más urbanizadas y estatalizadas, podían recabarse unos mayores excedentes, capaces de alimentar este proceso de diferenciación interna. Estos excedentes iban a ser, por lo demás, muy variados: beneficios comerciales, tributos o ganancias del saqueo. La paradoja de toda esta situación era doble. Por una parte, era el contacto con un sistema social no tribal el que volvía más potente a este mismo sistema tribal. Por la otra, precisamente por ello, este sistema tribal reforzado se erigía en un fuerte obstáculo para la consolidación de las áreas urbanas y estatales y, por lo tanto, en una de las razones clave del bloqueo en su desarrollo experimentado por el mundo islámico clásico. A esta primera paradoja se añadía otra todavía más profunda. El sistema tribal constituía un espacio privilegiado para el desarrollo de unas relaciones clientelistas que podían desembocar finalmente en el dominio de una aristocracia guerrera, cuyo triunfo significaba el fin de su igualitarismo originario. El sistema tribal constituiría, de este modo, una especie de andamiaje para el surgimiento del Estado. Pero este andamiaje, con el paso del tiempo, acababa estorbando todo el proceso. Después de todo, los vínculos tribales continuaban poseyendo una naturaleza parcialmente igualitaria y las instituciones tribales tradicionales conservaban aún algo de su originario carácter democrático. Así, el establecimiento de una jerarquía “feudal” pura resultaba obstaculizado por los restos del igualitarismo tribal. Este hecho dificultaba la estatalización plena de las áreas tribales y las mantenía en una suerte de estado híbrido. De someter las áreas urbanas y estatalizadas a las tribales, este proceso podría haber avanzado claramente y las aristocracias tribales hubieran quedado plenamente integradas dentro del sistema estatal, destribalizándose y feudalizándose de manera progresiva. Pero rara vez, hasta tiempos modernos, los Estados han tenido capacidad para ello, por lo cual se han limitado más bien a “encapsular” las áreas tribales, evitando el enfrentamiento directo con ellas. Sí han fomentado, en cambio, su diferenciación y jerarquización interna, al fortalecer a sus aristocracias, a las que ha encomendado ciertas funciones administrativas y ha subvencionado a cambio de su colaboración. En contrapartida, las áreas tribales tribalizaban también en cierto modo a las áreas más urbanas y estatalizadas. Con frecuencia, las dinastías gobernantes poseían un origen tribal y trataban, también en muchos casos, de conservar los vínculos con su comunidad de origen. Con más frecuencia aún, una gran parte del personal administrativo y militar procedía también de las tribus. De resultas de todo ello, las relaciones basadas en una combinación de parentesco y clientelismo operaban también en mayor medida en el seno del propio aparato estatal y éste se convertía en muchas ocasiones en un campo de batalla entre linajes rivales. Evidentemente, era difícil racionalizar una administración de estas características, lo que entrañaba un nuevo factor de bloqueo frente a cualquier eventual modernización (Castien Maestro, 2013: 162-171).

Este modelo general puede ayudarnos a entender mejor la sociedad afgana tradicional y, sobre todo, por qué su modernización ha resultado históricamente tan complicada. No en vano, muchos de los elementos constitutivos de este modelo ostentan en su caso un carácter extremo. De este modo, la mayoría del territorio afgano podría ser ubicada sin vacilar dentro de las áreas tribales y de difícil acceso. Afganistán es, como se sabe, una tierra muy montañosa, lo que favorece el tribalismo y dificulta el desarrollo de un Estado fuerte. A este primer rasgo, se añade también su condición de tierra de frontera. Al igual que ocurre en otras regiones del mundo islámico clásico, esta tierra ha sido también a lo largo de la historia un espacio que se extendía entre regiones más desarrolladas, urbanizadas y estatalizadas, como los mundos iranio e indio. El territorio afgano se constituyó, así, desde antiguo, en un terreno de tránsito entre distintos espacios civilizacionales y entre distintos imperios. Lo era tanto en lo que atañía al comercio, con la célebre ruta de la seda que recorría el norte del país, como en lo que respectaba a las expediciones militares. Esta condición fronteriza tuvo, por otra parte, unos efectos muy ambivalentes. Fue la fuente de un notable enriquecimiento económico y proporcionó los recursos necesarios para el florecimiento de una brillante vida cultural en ciudades como Herat, Kabul y Mazar Esh-Sherif, así como, en ciertos momentos, para el desarrollo de Estados con base en esta región, como el de los Gaznawíes y el de los Guríes. Pero condenó también al país a periódicas devastaciones y generó una diversidad étnica muy difícil luego de manejar. El modo extremo en que aquí se presentaba esa combinación entre tribalismo y dependencia del comercio a distancia, tan propia del mundo islámico clásico en su conjunto, determinó también en el caso afgano una especial vulnerabilidad ante los cambios en el trazado de las rutas comerciales. Esto fue lo que comenzó a ocurrir precisamente con el advenimiento de la era de los descubrimientos. Los mercaderes europeos lograron desviar hacia las costas del Océano Índico una gran parte del comercio caravanero que previamente discurría por el interior de Asia. La ruta de la seda entró entonces en una progresiva decadencia, que arruinó en gran parte la vida urbana de toda el Asia Central. La conquista británica de la India no haría sino acentuar este deterioro. A este primer golpe se añadió un segundo gran revés. El triunfo de la dinastía shíi de los Safavíes en Persia dejó partido en dos al mundo sunní y tendió a aislar al Asia Central de los grandes centros culturales y económicos del Próximo Oriente, lo que influyó aún más en la decadencia de las áreas urbanizadas. El resultado final fue la regresión de ciertas regiones hacia una economía de autosubsistencia y hacia una organización de corte más tribal. Pero esta regresión no dejaba de ser un claro indicador de la precariedad de la que adolecían realmente las formas más complejas desde las que se retrocedía (Gregorian, 1969: 10-24).

EL SURGIMIENTO DEL ESTADO AFGANO

Fue en este contexto tan poco propicio para cualquier proceso de centralización, en donde surgió el primer Estado afgano. En concreto, la entronización en 1747 de Ahmed Shah, caudillo del clan Sadozay de la confederación tribal Durrani, puede considerarse como el punto de partida de una continuidad institucional que con, las debidas transformaciones, ha llegado hasta nuestros días. No era éste, por supuesto, el primer Estado que aparecía en territorio afgano, pero sí fue el primero Estado consolidado dominado por la etnia pashtún, la etnia hegemónica desde entonces en Afganistán. El hecho resultaba en sí novedoso, dado que las anteriores experiencias estatales de larga duración se habían conformado en torno a linajes de origen turco. Este cambio resulta posible ahora gracias a dos circunstancias favorables asociadas a la condición fronteriza y tribal de estas tierras. La primera consistió en la debilidad momentánea de los dos imperios vecinos, el persa y el mogol, que se habían repartido el control de la mayor parte del país desde el siglo XVI. Esta nueva situación dejó un vacío de poder, que fue colmado por la aristocracia pashtún. La segunda circunstancia favorable nos remite a algunas ventajas específicas con las que contaba la etnia pashtún. Ésta poseía, en primer lugar, una sólida y elaborada organización tribal, que permitía movilizar grandes masas de combatientes. Asimismo, aunque hasta entonces habían sido un pueblo sin Estado dentro de sus propios dominios, los pashtún disponían de una dilatada experiencia previa de estatalidad en el exterior. Desde la Edad Media sus guerreros habían sido reclutados por varios de los conquistadores de la India, como los Guríes en el siglo XII y los Timuríes en el XIV. Una vez afincados en territorio indio, se habían independizado en algunos casos de sus patronos y habían fundado sus propias dinastías locales (Caroe, 1958: 117-150). A esta experiencia previa, había que añadir el proceso de jerarquización interna experimentado por una parte de su población, de acuerdo al modelo general explicado en el apartado anterior, y, en concreto, como consecuencia de la interacción con el Estado Safaví. Había sido en el curso de este proceso cómo habían eclosionado determinados linajes aristocráticos dentro de la confederación Abdalí (más tarde Durrani). Por el contrario, en otras regiones, como en las montañas de lo que hoy en día constituye el cinturón tribal pakistaní, se conservaron en mucha mayor medida las anteriores estructuras de carácter igualitario (Rubin, 2002: 29).

El nuevo Imperio Durrani poseía, ciertamente, una estructura institucional muy laxa. Su núcleo estaba constituido por una coalición de clanes aristocráticos Durrani, liderados por sus respectivos caudillos y agrupados en torno al clan reinante. Esta coalición tribal se mantenía unida gracias a un complejo sistema de equilibrios entre los clanes, en virtud del cual se repartían de un modo escrupuloso los distintos cargos estatales entre sus miembros. Tales equilibrios eran gestionados a través de la Loya Jirga, la Gran Asamblea, un desarrollo de las tradicionales jirga, celebradas a una escala más reducida. Pero el principal garante del funcionamiento del sistema era el propio soberano,

vértice de todo un sistema de distribución de sanciones y recompensas. Una tercera característica importante de este nuevo Estado venía dada por su estrecha articulación con las estructuras tribales y con la identidad étnica pashtún. Evidentemente, éste no era un Estado nacional. Pero sí detentaba, al igual que otros Estados tradicionales, lo que podríamos denominar una base étnica. Los pashtún constituían la etnia hegemónica dentro de este Estado. La dinastía gobernante pertenecía a esta etnia, al igual que la mayoría de los cuadros dirigentes, y los pashtún gozaban de una serie de privilegios, tales como unas exenciones de tributos, que, en cambio, recaían con gran dureza sobre las otras etnias. La vinculación entre este Estado y una etnia en particular, que extraía obvios privilegios de su existencia, propiciaba un mayor compromiso por parte de sus integrantes con los avatares de su destino. Asimismo, el que esta vinculación se estableciese precisamente con los pashtún resultaba muy beneficiosa para el propio Estado, por cuanto ellos habían desarrollado ya una identidad étnica muy marcada desde hacía varios siglos. Esta identidad étnica reposaba sobre dos fundamentos. Uno era el estilo de vida. El pashtún debía regirse por un exigente código de conducta, el pashtunwali. Se trataba de un código acorde con el modo de vida tribal, en donde se ensalzaban el coraje, el sentido de la independencia personal, la solidaridad con los parientes y el respeto a unas normas muy estrictas acerca del pudor sexual, especialmente el femenino, como sostén fundamental del sistema patriarcal y, más allá del mismo, de un sistema tribal basado en el linaje patrilineal. Junto a este riguroso código del honor tribal, el segundo fundamento de la identidad pashtún venía dado por la vinculación genealógica con el antepasado legendario de todos los pashtún, Qais Abdur-Rachid. De este modo, a través de su pertenencia a una serie de unidades de linaje cada vez más amplias e inclusivas, todo pashtún quedaba integrado dentro de un único pueblo y vinculado, así, a todos los demás pashtún (Caroe, 1958: 3-24). El sistema tribal acababa posibilitando, con ello, la eclosión de una identidad global como pueblo. No fomentaba únicamente el particularismo y el fraccionalismo, sino también la unidad y la integración. Existía, sin duda, en última instancia, una clara contradicción entre esta identidad global pashtún y las identidades más parciales de tribu y de clan, lo cual a más largo plazo supondría un lastre para una mayor integración y modernización social. Pero este problema aún no se planteaba en aquel tiempo. Por el momento, el sistema tribal operaba como un eficaz andamiaje para la identidad étnica, aunque más tarde pudiera convertirse en un impedimento para un mayor desarrollo de la misma. Otro tanto ha ocurrido a la larga con este vínculo privilegiado entre el Estado afgano y la identidad pashtún, al fomentar entre el resto de la población un fuerte sentimiento de agravio comparativo. La conformación de una identidad nacional afgana más inclusiva, que no privilegie a ninguna etnia en particular, continúa constituyendo hoy, dos siglos después, una de las grandes tareas pendientes del país.

Este primer Estado afgano era, asimismo, un auténtico Estado predador. Como otros muchos Estados de la región, su fin fundamental era la guerra y, más en concreto, el saqueo. Así había de serlo aún en mayor medida conforme el tráfico comercial y

la economía en su conjunto habían ido decayendo. En la situación ya mencionada de debilidad de los Imperios persa y mogol, el nuevo Imperio Durrani logró en un primer momento adentrarse en la India, obtener suculentos botines y extenderse hasta el Punjab, cuya población, no pashtún, fue sometida a una pesada carga tributaria. El mismo destino corría la población urbana, y en especial las minorías no musulmanas, como judíos, hindúes y cristianos armenios, especializados en el comercio y el préstamo. Esta auténtica extorsión fiscal no difería de la aplicada desde antiguo por otros muchos gobernantes, tanto dentro como fuera del mundo islámico. Implicaba cebarse con un sector débil y relativamente rico de la población, cuya riqueza, en forma ya parcialmente monetaria, resultaba además más fácil de recaudar. Así se compensaban además las exenciones a la población tribal pashtún. A largo plazo esta política dificultaría, sin embargo, el desarrollo urbano y comercial y empobrecería al país. También privaría a los soberanos de un conveniente punto de apoyo frente al mundo tribal, con vistas a un eventual proceso de centralización política. Pero el mayor obstáculo para este proceso centralizador era el propio fortalecimiento progresivo de una parte de los grupos tribales, y de sus aristocracias, gracias al botín recabado en las campañas guerreras, las exenciones de impuestos y las concesiones de tierras, a cambio de su colaboración en el terreno militar (Gregorian, 1969: 47-48 y 61-67; Kakar, 1979: 73-91). El Imperio Durrani era, pues, un Estado frágil, como pronto habría de quedar de manifiesto. Tras la muerte en 1793 de Timur Shah, el hijo del fundador, estalló entre sus hijos una cruenta lucha por el trono. La guerra civil subsiguiente, que se prolongó a lo largo de tres décadas, aparte de arrasar el país, tuvo otros tres efectos. El primero de ellos fue la ruptura del frágil equilibrio entre los clanes Durrani, sobre el cual se había asentado el sistema. El clan de los Mohammedzay se sublevó contra el de los Sadozay y acabó instaurando en 1826 una nueva dinastía, bajo la égida de otro líder singularmente dotado, Dost Mohamed Jan. El segundo efecto estribó en las graves pérdidas territoriales. El emergente Estado de los Sij se hizo con el control de numerosos territorios poblados por pashtún y con el rico Punjab. Fue éste un golpe particularmente duro, que privó a la nueva Monarquía de una fuente clave de recursos. Por último, y en tercer lugar, en el transcurso de todos estos desordenes, las tribus se fortalecieron, gracias al pillaje y a la apropiación de nuevas tierras. El país experimentó, de este modo, una nueva regresión hacia una organización más primitiva y tribal (Duprée. 1997: 343-401; Gregorian; 1969: 49-51; Rubin, 2002: 45-47).

El nuevo Estado Mohammedzay era pobre y anárquico. Se encontraba además sometido al creciente acoso de dos imperios en expansión, el ruso y el británico. Hubiera podido disgregarse o acabar conquistado por cualquiera de estas dos potencias europeas. Pero no fue así, en parte, gracias a su sólida base tribal pashtún y, en parte, debido al papel que acabó adquiriendo como Estado tapón entre ambos imperios. Pero esta posición intermedia también tuvo un elevado coste. Junto a los sucesivos despojos territoriales a manos de sus poderosos vecinos, Afganistán hubo de soportar dos invasiones británicas, en 1838-1842 y 1879-1880. Ambas invasiones fueron derrotadas, pero ocasionaron cuantiosos daños. También en ambos casos la

resistencia fue obra fundamentalmente de las tribus, mientras que el ejército regular, que comenzaba a organizarse en aquellos momentos, resultó ineficaz y, junto con una gran parte de la administración, quedó destruido por la guerra y los desórdenes que le siguieron. Fue una nueva regresión. Un segundo efecto regresivo consistió en la fuerte hostilidad subsiguiente hacia los europeos infieles y el rechazo hacia todo aquello relacionado con ellos. Con ello, se reactivaron y potenciaron una serie de esquemas ideológicos ya presentes, fruto de siglos de vecindad conflictiva con hindúes y sij. Este sentimiento xenófobo vino a reforzar, asimismo, esa versión conservadora del sunnismo, caracterizada por su orientación decididamente hostil hacia el cambio social, que se había ido haciendo predominante en todo el mundo sunní desde mediados de la Edad Media (Gregorian, 1969: 16-17). Semejante combinación de xenofobia y conservadurismo, fomentada además por la mayor parte de los dignatarios religiosos, constituye desde entonces una notable barrera para la modernización del país. Los sucesivos gobernantes afganos han tenido que buscar siempre algún equilibrio entre las necesarias políticas de reforma y la conveniencia de no malquistarse en exceso con los amplios segmentos de la población de ideología más conservadora. En un plano más general, la identidad musulmana, y ante todo sunní, se convirtió en un elemento clave de la identidad afgana en formación. La obligación de resistir al infiel se convirtió en un motivo clave de la incipiente propaganda estatal, que hacía de la debida fraternidad entre los musulmanes el fundamento de una concomitante solidaridad entre compatriotas y de una obligada fidelidad hacia un Estado musulmán amenazado (Gregorian, 1969: 118-128; Kakar, 1979: 176-179). En esta misma línea, los soberanos afganos hicieron uso progresivamente del título califal de Emir de los Creyentes, Amir-el-Mouminin. En ello contrastaban con sus antecesores Sadozay, que habían optado, en cambio, por el más secular de Shah (Gregorian, 1969: 77-78). Este recurso a la poderosa identidad musulmana contribuyó positivamente al refuerzo de la identidad nacional en construcción y, por lo tanto, en última instancia, a la modernización del país. También ayudó a deslindar relativamente esta identidad protonacional de la identidad étnica pashtún. Sin embargo, su vinculación con una versión muy conservadora del Islam actuaba claramente en contra de cualquier afán modernista. Lo mismo ocurría con su conexión no ya con el Islam en general, sino ante todo con el sunnismo, lo que convertía a la población shíí, en torno al 15% del total, no sólo en herética, sino también en menos nacional, e incluso en una potencial quinta columna al servicio de la vecina Persia.

LAS EXPERIENCIAS DE MODERNIZACIÓN SELECTIVA Y SUS LÍMITES

Pero la respuesta de los gobernantes Mohammedzay ante el avance europeo presentó también una segunda vertiente. Procedieron a una modernización selectiva, es decir, a la adquisición de aquellas innovaciones occidentales más adecuadas para reforzar su

poder, velando por su compatibilidad con ese sunnismo conservador al que con tanta fuerza se adherían. Tanto Dost Mohammed Jan, como su hijo y sucesor Sher Alí Jan, realizaron algunos avances en este sentido. Sus reformas se centraron en la creación de unidades militares modernas, provistas de armamento europeo y adiestradas también por instructores de esta misma procedencia, aunque los resultados fueron bastante mediocres. También se introdujeron reformas administrativas y se sentaron los cimientos de un sistema postal nacional y de una organización ministerial (Gregorian, 1969: 73-73 y 85-90). Empero, estos pequeños avances quedaron arruinados por la segunda guerra anglo-afgana, con lo cual el nuevo Emir, Abdurrahman Jan (1880-1901) hubo de comenzar otra vez casi desde cero. El eje fundamental de su política consistió de nuevo en el refuerzo del ejército regular, a fin de salvaguardar la independencia nacional. Para ello amplió la política de contratación de instructores extranjeros y de importación de armas e, incluso, instauró factorías para fabricarlas dentro del propio país. Se construyeron también cuarteles y se introdujo todo un sistema de logística para abastecer a estas tropas (Abdu ar-Rahman, 2005: 14-60; Kakar, 1979: 192-200). Las condiciones de vida de los nuevos soldados eran pésimas, la disciplina draconiana y las deserciones enormemente frecuentes. Es dudoso que un ejército semejante hubiese podido hacer frente con éxito a otra invasión europea. Sin embargo, resultó extraordinariamente efectivo para doblegar las numerosas rebeliones internas, lo que hizo de él un instrumento de primer orden al servicio del proyecto centralizador del Monarca. En esta misma línea, se creó también una fuerza policial y se edificaron cárceles en las ciudades. La criminalidad, previamente muy elevada, disminuyó de manera drástica, pero el precio a pagar estribó en un auténtico régimen de terror, en donde las ejecuciones, los encarcelamientos y las torturas devinieron moneda corriente (Gregorian, 1969: 132-134 y 139-141; Kakar, 1979: 36-40 y 93-114; Rubin, 2002: 148-152). Las similitudes con otras experiencias de modernización despótica, como las de Pedro I el Grande y Mehmet Alí, resultan patentes. En todos estos casos, un Estado represivo coartó y desarticuló a la sociedad, lo que le volvió aún más independiente de ella, reforzando su propensión hacia la arbitrariedad, frente a cualquier eventual racionalización administrativa. Todo ello se tradujo en un verdadero sabotaje desde dentro contra el propio proyecto modernizador.

Otro de los ejes de esta política consistió en la estatalización del clero islámico. Los bienes de los que vivía, los awqaf, fueron nacionalizados y quedó reducido a un cuerpo de asalariados al servicio del Estado, a semejanza de lo sucedido en otros Estados musulmanes. Pese a perder parte de su anterior autonomía, este clero disfrutaba ahora de un mayor apoyo estatal, en compensación por esta expropiación. Asimismo, el proceso de centralización, de sometimiento de las tribus al Estado, implicaba la aplicación del derecho islámico allí donde previamente imperaba el consuetudinario, lo cual beneficiaba también claramente al estamento religioso (Gregorian, 1969: 133-136; Kakar, 1979: 50-53). De este modo, la modernización del país se asoció con una islamización aún más profunda del mismo. De hecho, empezó a fraguarse un discurso oficial que apuntaba hacia la necesaria convergencia entre ambos procesos. La defensa

de Afganistán frente a la amenaza del infiel requería de su modernización, luego ésta tenía lugar a mayor gloria del Islam (Abdu ar-Rahman, 2005: 14-17 y 79-81). El Monarca era el Emir de los Creyentes, como tal había sido designado por Dios y quien desafiase su poder, le estaría desobedeciendo a Él, lo que le convertiría en un auténtico apóstata. La anterior política de pactos con la aristocracia tribal debía ser entonces reemplazada por un régimen mucho más autocrático. Los particularismos locales y tribales eran asimilados igualmente a la fitna, a esa disensión interna tan odiosa para el pensamiento musulmán tradicional (Gregorian, 1969: 130-132). El recurso al Islam brindaba, así, una mayor legitimidad a la buscada centralización administrativa. Los paralelismos con el modo de proceder del viejo absolutismo europeo saltan a la vista.

Toda esta estrategia de modernización venía lastrada, sin embargo, por una dramática falta de recursos económicos. El país era pobre y había perdido sus antiguas ganancias derivadas de las campañas militares, el comercio y los tributos del Punjab. En esta tesitura, hubo de recurrir a los subsidios de la India Británica, interesada en sostener a Afganistán como un Estado tapón frente a la expansión rusa. El recurso a tales ayudas no dejaba de resultar incómodo, por cuanto se trataba de un vecino hostil, que había invadido dos veces el país. Esta actitud amistosa también contrastaba con el discurso a menudo radicalmente agresivo con respecto a todos los infieles promovido de puertas para dentro. En cualquier caso, estos subsidios fueron claves para la edificación del nuevo Estado afgano y de su ejército. El Estado afgano quedó convertido, así, en un Estado rentista y, de un modo u otro, lo ha seguido siendo hasta nuestros días (Rubin, 2002: 62). Por lo demás, esta condición de Estado rentista generaba, una vez más, efectos muy ambivalentes sobre el proceso de modernización emprendido. De una parte, le beneficiaba, por cuanto proporcionaba al aparato estatal y a sus dirigentes un nivel de autonomía bastante elevado con respecto a su propia sociedad, situación ésta que facilitaba sobremanera la labor de enfrentarse y dominar a los grupos más hostiles al proceso de modernización. De la otra, este aislamiento con respecto a la sociedad entrañaba, ya de por sí, una menor integración social. Esta situación no dejaba de constituir, suprema paradoja, una cierta prolongación de esa otra más antigua, en la que unos Estados débiles y precarios, apoyados en gran parte en las rentas del comercio a larga distancia, coexistían con un mundo tribal un tanto independiente de ellos (Castien Maestro, 2013: 169-170). Estas mismas contradicciones se manifestaron en otras actuaciones del “Emir de Hierro”. A la hora de cobrar impuestos se recurrió a todo tipo de arbitrariedades y una política arancelaria extremadamente dura dificultó las relaciones comerciales con el exterior y el desarrollo de una burguesía autóctona (Kakar, 1979: 201-227).

El sucesor de Abdurrahman, Habibullah Jan (1901-1919), prosiguió en líneas generales con la misma política interior y exterior. El mero hecho de que sucediera pacíficamente a su padre sin que se desencadenase una guerra civil entre hermanos y sin que numerosos señores locales aprovecharan la ocasión para sublevarse y ampliar su poder, constituía, ya en sí mismo, una clara muestra del fortalecimiento institucional alcanzado durante el reinado de su padre. Habibullah consagró sus esfuerzos en

potenciar el desarrollo industrial y la instalación de los primeros centros educativos modernos, provistos de profesores extranjeros, en donde habrían de formarse los hijos de la aristocracia tribal y de los notables urbanos, llamados a conformar la nueva élite administrativa. Estas medidas se combinaron con una clara mitigación de la coerción estatal. Se disolvió la policía secreta y se inició la construcción de un sistema legal mucho menos punitivo. Un segundo aspecto remarcable de este reinado consistió en la incipiente expansión del reformismo islámico de la mano de la notable personalidad de Mahmud Tarzi (Duprée, 1997: 430-440; Gregorian, 1969: 161-205). Esta propagación, bastante tardía, por cierto, revestía una gran trascendencia, por cuanto proporcionaba una ideología que, en principio, parecía capaz de combinar lo que Clifford Geertz (1987: 203-218) denominaba el esencialismo y el epocalismo, la coherencia con la propia tradición cultural y la acomodación a las necesidades de una sociedad moderna. La nueva ideología se difundió entre un sector de la élite gubernamental y entre una parte de la minoría urbana y culta, aún muy reducida. Pero no tuvo eco entre la inmensa mayoría de la población tribal y campesina y chocaba también con las concepciones del estamento clerical.

Tras la muerte de Habibullah y el ascenso al trono de un nuevo monarca, Amanullah Jan (1919-1929), yerno de Mahmud Tarzi, y líder del ala más reformista del grupo dirigente, el reformismo islámico tuvo su gran oportunidad. Amanullah rompió con la estrategia de modernización selectiva y moderada de sus dos predecesores y optó por una política más ambiciosa. Se aceleró la industrialización y se realizaron grandes esfuerzos en el ámbito educativo y en la construcción de infraestructuras. Pero también se adoptaron dos conjuntos de medidas que ocasionaron un fatal choque frontal con los sectores más conservadores de la sociedad y, en especial, con el estamento clerical. En primer lugar, se trató de ampliar la independencia del sistema judicial y del sistema educativo con respecto al clero. La segunda línea de reformas apuntaba hacia la erosión del sistema patriarcal imperante. De este modo, se intensificaron algunas medidas promulgadas ya por su abuelo, como la obligatoriedad del consentimiento de la novia para el matrimonio y la limitación de los gastos de las bodas y del pago debido a la familia de la esposa. A ello se añadieron ahora otras nuevas medidas. La poligamia fue oficialmente desaconsejada.

El Rey era monógamo, algo totalmente novedoso en aquel tiempo, y se obligó a serlo también a los empleados del Estado. Se propició, igualmente, que las mujeres abandonasen el burqa y la Reina y otras mujeres del entorno real aparecieron públicamente sin él. Estas medidas respondían a un ideal democrático y modernista, del que uno de sus componentes es la igualdad entre los sexos. Pero este ataque al sistema patriarcal también suponía desarticular el sistema tribal fundamentado sobre el mismo y, por tanto, enfrentarse al más importante lastre para la modernización del país. De este modo, los matrimonios convenidos constituían un medio privilegiado para establecer alianzas entre linajes, los elevados precios de la novia y los gastos de boda reforzaban las diferencias de jerarquía entre ellos y tales gastos desempeñaban además un claro papel como exhibiciones de poder y riqueza, algo de suma importancia en

el marco de un sistema clientelista (Duprée, 1997: 441-457; Gregorian, 1969: 227-274; Poullada, 1973).

Al tiempo, que promovía todas estas reformas, y suscitaba una enorme oposición, el proyecto modernizador de Amanullah adolecía de varias carencias. La más importante estribaba en la debilidad de su ejército, sin el cual resultaría imposible vencer la resistencia de unas tribus “pacificadas” por sus antecesores, pero nunca sometidas realmente. Amanullah, al contrario que sus predecesores, no se esforzó demasiado en reforzar sus fuerzas armadas. Asimismo, introdujo una serie de reformas tendentes en principio a modernizarlas, pero que a fin de cuentas las debilitaron. De este modo, se instauró un reclutamiento por sorteo que privaba a los jefes locales de su anterior papel en la selección de los reclutas. Este hecho generó un fuerte resentimiento entre ellos y entre la propia población, que se veía privada así de uno de sus canales de influencia sobre las autoridades. Se trataba de una reacción normal ante una política de centralización administrativa que atentaba contra los “cuerpos intermedios” tradicionales. A ello se le sumó una intensa presión fiscal que acrecentó aún más este malestar. Esta presión fiscal intensificada resultaba explicable, debido a la carencia de recursos del Estado y a los nuevos gastos exigidos por la modernización emprendida. Pero esta modernización tenía también algo de ostentación superficial, centrada como estaba en la instalación de grandes fábricas y en la construcción de bellos edificios, de los cuales la gran mayoría de la población no obtenía beneficio alguno, aunque se viera obligada a financiarlos. Todo ello desembocó finalmente en una rebelión tribal pashtún que rápidamente se generalizó, con el apoyo entusiasta de la mayoría del clero, y condujo al derrocamiento y exilio del soberano reformista. Las tribus y el clero salieron reforzadas de este choque, en un nuevo proceso de regresión social, que significó el fin de todas las reformas y el caos y el saqueo durante varios meses. La modernización acelerada de Amanullah había quebrado en gran medida los vínculos de patronazgo tradicionales que ligaba al Monarca con los líderes tribales y, a través suyo, con el conjunto de la población, sin acertar a reemplazarlos todavía por otros de tipo moderno. El resultado fue una especie de vacío político. El Rey quedó suspendido en el aire y acabó cayendo (Gregorian, 1969: 266-274; Poullada, 1973: 143-213 y 267-275; Rubin, 2002: 54-58).

Tras el mencionado período de desórdenes, llegó al poder el primo de Amanullah, Nadir Jan, al que luego sucedería su hijo Zahir Shah. Durante todo este período, que se extendió hasta 1973, los gobernantes volvieron a la senda de la modernización prudente y moderada, renunciando a la estrategia más radical de Amanullah, a fin de no sufrir su mismo destino. Se practicó, de este modo, una política extremadamente conciliadora con el clero islámico. Se le dejó el control del sistema judicial y se regresó inicialmente a la normativa tradicional con respecto a la mujer. Pero, al mismo tiempo, se prosiguió con el desarrollismo económico y con la construcción de un Estado moderno. Se introdujo, incluso, una democracia liberal limitada, con un Parlamento elegido por votación popular e investido de poderes restringidos, aunque los partidos políticos no estaban autorizados (Duprée, 1997: 458-666; Gregorian, 1969: 293-398; Rubin 2002:

54-80). Pese a tanta moderación, la modernización fue agudizando progresivamente diversas contradicciones sociales. La más importante fue la existente entre la pequeña minoría urbana y acomodada, que empezó a desarrollarse, en gran medida, en torno a las actividades del Estado, y la mucho más tradicionalista mayoría rural y, en gran parte, también tribal. En el seno de esta minoría modernista empezaron a aparecer también mujeres con un estilo de vida más liberado, que estudiaban y trabajaban y aparecía públicamente desveladas, lo cual resultaba absolutamente innovador. Esta minoría urbana experimentaba un profundo descontento ante el retraso del país. También lo experimentaba ante la propia naturaleza del Estado, cuya cúspide continuaba copada en un alto grado por la aristocracia Durrani y su clientela más próxima. Todo ello empujó a una parte de esta capa urbana hacia la militancia en movimientos de izquierda o islamistas, que se mostraron muy activos en la universidad y en los centros de enseñanza secundaria, pero sin lograr atraer a la gran masa de la población (Étienne, 2002: 43-46; Requena, 2011: 52-56; Roy, 2001: 69-83; Rubin, 2002: 75-105). No en vano, la debilidad del Estado determinaba también la de esta minoría tan dependiente del mismo. El aislamiento y la autonomía del Estado con respecto a la sociedad también le afectaban a ella. Como señala Barnett Rubin (2002: 81), un Estado rentista genera también revolucionarios rentistas. De ahí también su escaso conocimiento real de su propia sociedad y su concomitante inclinación por las soluciones simplistas y mesiánicas. A este primer problema, se añadían unos escasos vínculos con otros sectores sociales. Su capacidad para actuar como una vanguardia modernizadora, capaz de articular una amplia coalición de fuerzas en torno suyo era ciertamente escasa. El campesinado continuaba bajo el control de los notables rurales, como demostraron las sucesivas elecciones parlamentarias. Por otra parte, una gran parte del mismo se hallaba conformada por pequeños propietarios. La concentración de la propiedad agraria era relativamente baja y el potentado local era además alguien con quien a menudo se mantenían estrechos vínculos clientelistas e incluso de parentesco (Étienne, 2002: 53-57; Kakar, 1979: 115-131; Rubin, 2002: 32-37). Nada de esto favorecía una eventual movilización campesina al margen de sus líderes tradicionales.

LA RADICALIZACIÓN DE LA MODERNIZACIÓN Y SU FRACASO. DE DAUD A NAJIBULLAH

En 1973 Mohammed Daud, primo del Rey y antiguo Primer Ministro, encabezó un golpe de Estado y proclamó una República de la que él mismo se convirtió en Presidente. El nuevo régimen podría ser definido como un autoritarismo modernista. La anterior democracia limitada fue abolida y le sucedió una dura represión contra los oponentes políticos, especialmente los islamistas. Se buscaba abandonar la senda de la modernización moderada y avanzar más rápido, concentrando el poder en la minoría modernista y acallando a la gran masa conservadora. En esta línea, se decretó la reforma agraria, se promovió la emancipación de la mujer y una mayor secularización del Estado

y se ampliaron las relaciones de cooperación con la URSS, a fin de recabar los fondos necesarios para financiar la modernización económica. En cierto modo, se retomaba la antigua estrategia de Amanullah. No obstante, este proyecto se enfrentaba a ciertos obstáculos. Su base social no era muy amplia y tampoco disponía de muchos cuadros propios. El núcleo de su movimiento estribaba en un conjunto de miembros de la clase alta vinculados por lazos de parentesco e intercambios de favores. En tales condiciones, se hizo necesario establecer una alianza táctica con el Partido Democrático del Pueblo de Afganistán (PDPA), de ideología prosoviética. Éste era un partido pequeño, pero bien implantado entre la minoría urbana, que durante la etapa de democracia liberal había conseguido algunos diputados. Contaba además con numerosos seguidores entre los oficiales de rango medio. De ahí que su concurso resultase fundamental para organizar el golpe de Estado. El partido se encontraba dividido en dos facciones, que tomaban su nombre de sus respectivos órganos de prensa. La fracción Jalq, “Pueblo”, era más radical, abogaba por la toma revolucionaria del poder y la aplicación inmediata de reformas en profundidad. La facción Parcham, “Bandera”, se pronunciaba por la participación en un amplio frente de fuerzas progresistas y estaba, lógicamente, mucho más inclinada a apoyar a Daud. Desde el punto de vista de este último, esta alianza con los comunistas prosoviéticos resultaba sumamente incómoda. Después de todo, tanto él como sus más íntimos colaboradores eran ricos aristócratas. En estas condiciones, no resulta sorprendente que rompiera con el PDPA, lo hostigara y tratara de distanciarse de la Unión Soviética. El enfrentamiento se volvió inevitable y desembocó en 1978 en un levantamiento militar saldado con la muerte del propio Daud y de cientos de sus colaboradores y familiares (Etienne, 2002: 47-59; Requena, 2011: 56-62).

El nuevo gobierno quedó integrado mayoritariamente por miembros de la facción Jalq, que marginaron progresivamente a los parchamis. Su política estribó en una radicalización de las reformas anteriores, unida a la decisión de imponerlas a sangre y fuego. Se intensificaron las medidas antipatriarcales, prohibiéndose los matrimonios arreglados y el “precio de la novia”, y se promulgó una reforma agraria basada en la expropiación a los terratenientes y la redistribución de tierras, al tiempo que se cancelaban las deudas contraídas por los campesinos con los usureros rurales. En paralelo, se desencadenó una ola de terror contra aristócratas, ulemas, líderes de las cofradías sufíes, opositores políticos y, en general, todos aquellos miembros de la minoría urbana no afines al nuevo régimen, como profesores, militares y funcionarios. Las víctimas se contaron por decenas de miles. El objetivo del gobierno jalqi consistiría en ampliar sus escasos apoyos mediante una rápida serie de reformas avanzadas, que movilizasen a una población previamente pasiva. Se trataba, pues, de construirse una base social desde arriba. Por su parte el terror masivo debía aplastar la resistencia a estas medidas y neutralizar a sus adversarios. Contando con la ayuda soviética, el Estado debía realizar además cuantiosas inversiones en infraestructuras, educación y sanidad, que mejorasen las condiciones de vida de la mayoría de la población y se atrajesen también sus simpatías. Pero justamente se produjo el resultado contrario y, pasado un año, la rebelión se había extendido por casi todo el país, dejando cercado al gobierno

en las grandes ciudades, mientras las deserciones diezmaron al ejército. Esta rebelión masiva respondió a varias causas. En primer lugar, la mayoría de la población vivió las reformas como una inaceptable intromisión del Estado en contra de la autonomía tradicional de las comunidades locales. Estas reformas se percibieron asimismo como un atentado contra el modo de vida tradicional, sin que quedara claro con qué se lo iba a reemplazar. La lucha contra los matrimonios concertados y el pago de los precios de la novia desarticulaban todo el sistema de alianzas familiares. Los usureros eran eliminados, pero no se los reemplazaba por un buen sistema de créditos bancarios. Los potentados locales eran desplazados, pero nadie se hacía cargo de sus labores de mediación con las autoridades y de arbitraje en los conflictos internos. Se distribuían tierras, pero no se mejoraba el acceso al riego. Incluso, las campañas de educación eran recibidas como una imposición externa, que restaba tiempo de trabajo y no aportaba beneficios inmediatos. El drama de Amanullah se repetía ahora a una escala todavía mayor. Al tiempo, todo era achacado a un gobierno cuya ideología se oponía al Islam, el componente fundamental de la identidad colectiva (Etienne, 2002: 61-63; Requena, 2011: 62-67; Roy, 2001: 84-97; Rubin, 2002: 111-122). El fracaso del Jalq fue, así, el de unos revolucionarios aislados de la población, que, al contrario de sus camaradas de China o Vietnam, por poner sólo dos ejemplos, carecían de un mínimo arraigo entre la mayoría campesina.

La ironía final de todo este episodio consistió en que el gobierno jalqi buscando una movilización del campesinado, al final la consiguió... sólo que en contra suya. No hubo una movilización progresista, pero sí una conservadora. A un intento de reforma radical le respondió una reacción también radical. Como en la rebelión contra Amanullah y como en las dos guerras anglo-afganas, la población se movilizó frente a lo que percibió como un ataque contra sus costumbres más arraigadas. Al igual que en estos otros casos, el campesinado trascendió su habitual orientación hacia los problemas cotidianos más locales, para movilizarse en un sentido defensivo y hacerlo, casi siempre, bajo la dirección de sus dirigentes tradicionales. Ciertamente, esta movilización defensiva resultaba más fácil que la revolucionaria. Actuaba al servicio de un orden ya conocido, desde unos parámetros ideológicos familiares y dentro de unos marcos sociales ya disponibles, como los vínculos tribales, étnicos y religiosos. No había, pues, que innovar demasiado. La rebelión en sí misma ostentaba efectos ambivalentes con respecto al proceso de modernización del país. En cuanto que movilización masiva que desbordaba el localismo habitual, podía favorecer ulteriormente una mayor integración social. Al mismo tiempo, esta movilización era realizada dentro de los marcos tradicionales y bajo la dirección de dos sectores muy conservadores, como los potentados locales y el clero islámico. De hecho, el Estado desapareció en muchos lugares y fue reemplazado por rudimentarias administraciones dirigidas por estos personajes tradicionales. El clero vio además potenciada su influencia social. De un lado, la rebelión se legitimaba recurriendo a un Islam conservador y, por lo tanto, el clero como representante de esta ideología veía reforzado su rol social. Del otro, el estamento clerical se mostró a menudo más combativo que los

viejos notables, acostumbrados como estaban estos últimos a acabar pactando con las autoridades. En muchos lugares además solamente los clérigos podían unir a grupos diferentes, una vez que la movilización superaba el nivel estrictamente local. De resultas de todo ello, la rebelión adquirió un fuerte carácter clerical, aparte de islámico (Roy 2001: 98-109 y 150-153; Rubin, 2002: 184-195). Este rasgo sobresaliente de la rebelión facilitó su convergencia con los movimientos islamistas. Éstos habían sido previamente movimientos urbanos con una implantación escasa en el conjunto del país. Pero ahora el terreno les resultaba favorable. Su ideario, aunque distinto del Islam conservador en sí, mantenía una clara continuidad con el mismo, al contrario de lo que ocurría con el marxismo soviético del PDPA. Asimismo, su contribución resultaba de extraordinaria utilidad para la rebelión. Disponían de cuadros urbanos e instruidos y podían encuadrarlo organizativamente. Eran capaces además de superar el carácter defensivo del movimiento y dotarlo de un proyecto general, el proyecto de construcción de una sociedad genuinamente islámica. Estas virtualidades, unidas al generoso apoyo saudí y pakistaní, favorecieron que el movimiento insurreccional fuera rápidamente hegemonizado por las organizaciones islamistas (Requena, 2011: 72-80; Roy, 2001: 127-138; Rubin, 2002: 179-225).

Ante una rebelión masiva, que amenazaba con derribar en breve un régimen aliado e instaurar en sus fronteras otro de carácter islamista, susceptible además de desestabilizar sus repúblicas centroasiáticas, la respuesta soviética consistió en una huida hacia delante. En 1979 envió su ejército y salvó al régimen del PDPA de una inminente derrota. Igualmente, derrocó a la facción Jalq y la reemplazó por la más moderada del Parcham. Buscó así corregir el extremismo anterior y ganarse a una parte de la población. Con este fin, se aminoró relativamente la represión política, se moderó la reforma agraria y se adoptó una actitud más conciliadora hacia el Islam. Igualmente, se realizaron masivas inversiones para promover el desarrollo del país. Quizá, de haberse puesto en práctica desde sus inicios, esta política hubiera podido recabar más apoyos. Pero ahora lo era tras una experiencia traumática de radicalización y terror masivo y por un gobierno impuesto por una invasión extranjera. En consecuencia, la invasión radicalizó aún más la rebelión e intensificó los apoyos exteriores a la misma, haciendo de Afganistán un peón en la pugna entre los dos bloques. El agotamiento de una Unión Soviética ya al borde de la desintegración y la formidable capacidad combativa demostrada por los muyahidin impulsaron a las direcciones soviética y afgana hacia un nuevo retroceso. El nuevo líder afgano, Mohammed Najibullah, apadrinado por Gorbachov, puso en marcha un proceso de transformación desde dentro del régimen, a semejanza del que estaban llevando a cabo por esas mismas fechas otros regímenes de corte soviético, desde Hungría hasta Angola. El PDPA renunció al marxismo-leninismo y se transformó en un partido nacionalista, progresista y, por supuesto, musulmán, aunque reformista. Cambió igualmente su nombre por el de Partido de la Patria. Se adoptó el pluripartidismo, se ampliaron las libertades públicas, se renunció al objetivo de construir el socialismo, se reintrodujo la economía de mercado y se abogó por una política de reconciliación nacional. En cierto

modo, se estaba volviendo a los tiempos de Daud, al que el propio PDPA había dado muerte unos años antes. El objetivo de esta política consistía en atraerse a una parte de los rebeldes, en especial, a los menos influidos por el islamismo. Un régimen con un perfil ideológico menos marcado podría hacerse más aceptable para muchos de ellos. Igualmente se pretendía aparecer ante la población, y ante las potencias occidentales, como una alternativa moderada frente al fundamentalismo de una gran parte de los insurgentes. Esta transformación interna se completó con una política de cooptación de diferentes líderes locales, incluidos numerosos muyahidin. Se les subvencionó generosamente, se les agrupó en milicias y se les encomendaron tareas de seguridad. La nueva estrategia cosechó un notable éxito y permitió sobrevivir al régimen después de la retirada soviética de 1989. Sólo sucumbió en 1992, cuando tras la caída de la URSS dejó de recibir suministros. Pero esta política también tuvo su coste. Significó en gran medida un regreso a los viejos pactos clientelistas entre un gobierno central débil y unas fuerzas locales motivadas ante todo por sus propios intereses particulares. No es de extrañar que, cuando Najibullah dejó de subvencionarlas, estas milicias se cambiaran de bando. Hasta el final, el régimen continuó contando con una escasa base social y dependiendo por completo del exterior (Requena, 2011: 91-97; Rubin 2002: 122-175). En tales condiciones, una reconversión, como la protagonizada con éxito por los antiguos partidos únicos de Angola, Mozambique y otras lugares, tenía muchos menos visos de triunfar.

APOGEO Y RETROCESO PARCIAL DE LA REGRESIÓN SOCIAL. DE LOS MUYAHIDIN A KARZAY

Con el derrumbe del régimen, la regresión social se acentuó. Afganistán quedó a merced de facciones armadas que se dedicaron durante años a combatirse entre ellas y a expoliar a la población (Requena, 2011: 100-107; Zaeef, 2010: 57-65). El aparato estatal colapsó y sus antiguos miembros se repartieron entre las distintas facciones, en función sobre todo de sus identidades étnicas y tribales. Las razones de este fatal desenlace fueron diversas. La larga y destructiva guerra había fracturado el país en diversos territorios en manos de líderes locales. Las élites urbanas y modernistas estaban diezmadas y los sectores más conservadores del país se habían reforzado. La guerra también había vuelto todavía más rentista y dependiente del exterior al Estado afgano, lo que le hizo también más vulnerable a la posterior pérdida de suministros. Este mismo carácter rentista afectó también a los muyahidin, que también dependían en una amplísima medida de sus financiadores extranjeros. Tal dependencia favoreció una doble clientelización, de las organizaciones armadas con respecto a sus patrones exteriores y de una gran parte de la población y de las unidades locales de combatientes con respecto a tales organizaciones (Rubin, 2002: 196-203). El clientelismo se había visto potenciado en gran escala, pero también los vínculos étnicos y tribales, con los que, como hemos visto, frecuentemente se articulaba. Estos vínculos ayudaban

a conformar coaliciones sociales más amplias, capaces de trascender los estrechos límites locales, y en ese aspecto jugaban un claro papel integrador. Sin embargo, al mismo tiempo, potenciaban también identidades fragmentarias, que dificultaban una integración de carácter más global (Castien Maestro, 2013: 174-185). Se trataría, así, de una reactivación en otra escala distinta de ese mismo proceso contradictorio ya presente en la sociedad tradicional. En el marco de este proceso general de etnicización, tuvo lugar también un incremento del protagonismo de las colectividades no pashtún y no Durrani, a las que su participación en la guerra contra el régimen prosoviético les otorgó más poder, más organización y una identidad colectiva más definida (Etienne, 2002: 110; Roy, 2001: 223-225). Todo ello no ha dejado de suponer una clara reversión del proceso iniciado con la creación del primer Estado Durrani. Aunque podamos valorar positivamente estos cambios, en cuanto que superación de una discriminación secular, en el corto plazo no dejan de implicar, sin embargo, la quiebra del orden previamente existente y, con ello, una nueva fuente de inestabilidad.

Los factores centrífugos eran muy poderosos, ciertamente, pero también existían otros que actuaban en sentido contrario. Por lo tanto, resulta razonable achacar parte de la responsabilidad del predominio final de las tendencias disgregadoras a las organizaciones islamistas que lideraron el movimiento de resistencia. En principio, el empleo del Islam actuaba como un factor integrador, y estas organizaciones poseían una cierta capacidad para encuadrar a la población, basada en la pertenencia a una organización relativamente estructurada y en la lealtad a un programa explícito, más allá de los vínculos tradicionales. La ideología islamista podía actuar también en un sentido modernista. Mantenía una clara vinculación con el Islam conservador tradicional y con sus dignatarios, salvo en el caso de la minoría wahabí, pero al tiempo abogaba también por la creación de un Estado de tipo moderno, con su parlamento, su división de poderes y sus administraciones públicas, con la concomitante incorporación de ciertos elementos importados de Occidente. Como tal, este islamismo, parecería potencialmente susceptible de promover un cierto proceso de modernización, básicamente compatible con la cultura tradicional del país y con las aspiraciones de la mayoría de la población, conciliando, de este modo, los ya citados esencialismo y epocalismo. Esta fue la esperanza que abrigaron algunos lúcidos analistas, como Olivier Roy (2001: 6-9). Hoy está claro que no fue así. Las razones residen principalmente, en nuestra opinión, tanto en las limitaciones del islamismo en general, como en las propias del islamismo afgano en particular. En cuanto al primero, consiste en una combinación inestable entre modernismo islámico y fundamentalismo, entendiendo este último como una versión del Islam simplificada, totalitaria y agresiva. En estas condiciones, no debe sorprendernos la habitual ausencia de programas de actuación precisos y su reemplazo por consignas bastante simplistas en pro de la justicia social y, sobre todo, del puritanismo en las costumbres, concebido como el gran remedio para todos los males sociales (Castien Maestro, 2013: 179-180). Si esto es así en lo que respecta al islamismo en general, lo ha sido aún mucho más en lo que respecta al islamismo afgano en particular. Este particular islamismo enlazaba

claramente con el fuerte conservadurismo religioso del país y se hallaba además muy influenciado por las versiones más radicales de la ideología islamista, como la forjada por Said Qutb. Carecía, por ello, de un proyecto social y político claro y realista. Estas carencias parecen haber contribuido decisivamente a incapacitar al islamismo afgano para superar el tradicional fraccionalismo del país, así como a promover su absorción final dentro de este mismo marco fraccional, dividiéndose él mismo en una serie de banderías parcialmente dependientes de afinidades étnicas y tribales.

Es en este contexto en el que debe entenderse el éxito fulgurante del movimiento talibán a partir de 1994. Este movimiento acentuaba ciertos rasgos presentes en una parte de los muyahidin, de los cuales procedía. Así ocurría, en particular, con su fundamentalismo y su puritanismo extremos. Aún siendo en sí minoritarios, no eran, en modo alguno, marginales y podían arrastrar, por ello, a muchas personas en principio más moderadas. No en vano, el origen del movimiento talibán se remonta a grupos de combatientes integrados dentro de algunos frentes muyahidin y que se agrupaban en torno a maestros religiosos, anteponiendo la obligación de la yihad a cualquier otro objetivo político, personal, tribal o étnico, al tiempo que se comportaban de un modo particularmente piadoso y se esforzaban por mejorar su formación religiosa (Zaeef, 2010: 21-46). Este recurso al Islam como vínculo social prioritario estaba siendo favorecido asimismo por distintos factores circunstanciales. Evidentemente, la guerra contra un régimen tenido por ateo lo potenciaba. La guerra propició también la mezcla de gentes, de combatientes de distintas adscripciones, a los que tan sólo unía su condición de musulmanes. También en muchos casos se produjo un profundo desarraigo. Las familias eran dispersadas y la gente se agrupaba como podía en los campos de refugiados. Numerosos huérfanos eran criados y recogidos en las madrasas. Pero no sólo se acentuaba el protagonismo del Islam en general, sino también además el de un Islam fuertemente conservador. Ello resulta explicable dado el escaso arraigo del modernismo musulmán entre el conjunto de la población afgana. Asimismo, este modernismo podía ser asociado ahora con esas minorías urbanas en parte colaboracionistas con el régimen prosoviético, a las que muchos obviamente detestaban. Frente a los matices del reformismo, una ideología simple y dura podía resultar en extremo atractiva en un contexto catastrófico como el que se vivía. La imposición de sus mandatos sobre los demás proporcionaba, incluso, una fácil salida para un sadismo alimentado por las frustraciones propias de una existencia penosa. El que este sadismo represivo se dirigiera prioritariamente contra las mujeres tampoco tenía nada de casual. Los varones encontraban en la dominación de la mujer, avalada tradicionalmente, pero ahora extremada, una relativa compensación psicológica para su debilitada autoestima. Del mismo modo, la promiscuidad en los campos de refugiados, donde se aglomeraban millares de desconocidos, obligaba a extremar las restricciones sobre la conducta femenina, a fin de preservar el honor familiar (Rashid, 2001: 163-180; Requena, 2011: 120-122). Merece destacarse, sin embargo, que el extremo rigorismo talibán acabó resultando contraproducente, en relación con cualquier objetivo integrador. Exacerbó la división con respecto a los shíies, las

minorías más modernistas y quienes vivían un Islam más tradicional y menos exigente. Este rigorismo extremo propició asimismo una alianza estratégica con Al Qaeda que acabó resultando letal para su régimen.

Un segundo aspecto del movimiento talibán en el que también se percibe esta acentuación de ciertos rasgos ya presentes entre muchos muyahidín estriba en su organización interna extremadamente laxa. Los talibán nunca se constituyeron como un movimiento con estatutos y una militancia definida. Operaban, por el contrario, mediante relaciones informales. Por medio de ellas, se conformaba su núcleo inicial, compuesto por pashtún meridionales, veteranos de la resistencia y antiguos alumnos de madrasas. A este núcleo duro se le fueron adhiriendo nuevos integrantes, ligados también por vínculos informales. Parte de ellos eran líderes locales, con sus propias clientelas. De este modo, el núcleo inicial, el más comprometido e ideologizado, parece haber operado como una especie de eje alrededor del cual se iban agrupando luego distintas secciones, constituidas en parte como coaliciones clientelistas en torno a algún dirigente local, que, en muchos casos, se había sumado al movimiento por mera conveniencia temporal. Por ello mismo, los vínculos personales, a menudo clientelistas, y los establecidos sobre la base del parentesco y la etnia, seguían jugando un papel estructural fundamental (Étienne, 2002: 93-95; Rashid, 2001: 149-162; Requena, 2011: 122-125; Zaef, 2010). El movimiento funcionaba, en consecuencia, de un modo no muy diferente al de las antiguas organizaciones de muyahidín. Semejante modelo ostentaba sus ventajas y sus inconvenientes. Resultaba ciertamente plástico y flexible y permitía al bando ganador incorporar con rapidez nuevos integrantes, sin exigir demasiado de ellos. Éste fue, sin duda, uno de los fundamentos del rápido triunfo de los talibán Al mismo tiempo, sin embargo, adolecía de una serie de carencias. Lo que se unía con tanta facilidad podía disgregarse con igual facilidad, si al movimiento en su conjunto le empezaban a ir mal las cosas. Después de todo, este movimiento estaba reutilizando las viejas formas de organización tribal y clientelista con todo lo que ello comportaba. Siendo como era el resultado de una regresión social extrema, carecía de planes y de cuadros técnicos para manejar una sociedad moderna. En tales circunstancias, no nos tendría que sorprender el hecho de que, aparte de lograr una cierta pacificación del país, aunque al precio de una terrible represión, su actuación general adoleciese de una extrema inoperancia.

El nuevo régimen instaurado por la intervención extranjera en 2001 se ha distinguido, a grandes rasgos, por un claro afán por romper con esta deriva regresiva de los muyahidín y los talibán y por el regreso a una estrategia de modernización moderada, en línea con la de la antigua Monarquía. No en vano, se halla encabezado por un vástago de la aristocracia Durrani. Pero, como sus predecesores, ha prolongado e incluso acentuado, la tradicional dependencia del exterior. Su presupuesto es alimentado por agencias internacionales, su administración ha sido en parte gestionada por extranjeros y lo mismo ha ocurrido con su seguridad, basada en unas fuerzas expedicionarias que ahora se retiran, sin que exista la certeza de que la policía y el ejército afganos vayan a ser capaces de mantener la situación bajo control. Los recientes acontecimientos de Iraq

alimentan aún más esta desconfianza. Sin duda, se han producido algunos progresos importantes con respecto a la situación anterior. Se ha instaurado formalmente un sistema de democracia representativa. Se celebran elecciones y existen distintas formaciones políticas, así como una pluralidad de periódicos y de organizaciones no gubernamentales. También ha habido un cierto desarrollo económico en ciertas zonas y progresos muy palpables en la escolarización, la sanidad y la emancipación de la mujer (Requena, 2011: 175-222). Sin embargo, el lado sombrío es también imponente. Ante todo, se ha seguido desarrollando en gran escala el sistema mafioso nacido de la disgregación del país en los ochenta y noventa. Uno de los grandes problemas con los que se topó tradicionalmente la modernización afgana fue la ausencia de unos productos de exportación lo suficientemente rentables como para financiarla. Curiosamente, el nuevo Afganistán está superando en parte esta antigua carencia mediante su inmersión de lleno en una economía exportadora de productos ilícitos, como la heroína y las armas de contrabando. Esta peculiar forma de inserción en una economía global reviste importantes consecuencias prácticas.

En primer lugar, estas prácticas ilícitas no pueden beneficiar tanto al Estado. Las autoridades deben combatirlos, o, al menos, aparentar hacerlo. No las pueden convertir en monopolios estatales ni gravarlas con impuestos formales. En segundo lugar, por su propio carácter ilegal, conllevan una escasez artificial de proveedores, que encarece el producto, deparando una fuerte renta monopolística. Una minoría, integrada en gran medida por antiguos dirigentes de las facciones político-militares, se enriquece así de un modo espectacular. Los beneficios obtenidos son invertidos en gran parte en bienes de prestigio, como símbolos de poder, y en reclutar nuevos seguidores. Las coaliciones clientelistas resultantes se infiltran dentro de la administración estatal y la ponen a su servicio. También acaparan y desvían los fondos internacionales en su provecho y desnaturalizan en buena parte el sistema de democracia representativa, que queda reducido a otro escenario más para la pugna entre facciones enfrentadas. Con todo ello, intensifican los efectos típicos del clientelismo. Desorganizan las jerarquías administrativas formales y meritocráticas, en lo que concierne a su funcionamiento y a su selección de personal, y hacen otro tanto con los criterios de productividad en la generación de bienes y servicios (Castien Maestro, 2013: 182-183). Estos efectos antimodernizadores están presentes en cualquier lugar en donde las organizaciones mafiosas son poderosas, desde Italia hasta Rusia. Pero sus efectos son mucho más nocivos allí en donde el Estado y las instituciones de la sociedad civil son ya de por sí extremadamente frágiles. En este sentido, el caso de Afganistán es paradigmático. La desarticulación interna de la sociedad afgana ha permitido que este comercio haya adquirido su pujanza actual. Pero una vez asentado, sus efectos corrosivos se han disparado. Los potentados locales disponen ahora de un armamento y de unas fuentes de ingresos, gracias al comercio de drogas y a las ayudas exteriores, con los que nunca hubieran podido soñar los viejos caudillos tribales. En definitiva, el localismo y las tendencias centrífugas se han fortalecido. Así lo demuestra el fenómeno de los señores de la guerra, una versión moderna y extrema del antiguo clientelismo militar

que, en parte se apoya en vínculos tribales y de parentesco, pero que en parte lo hace también en estructuras modernas, como ejércitos, partidos políticos y burocracias administrativas (Rashid, 2009: 162-187 y 407-433; Requena, 2011: 197-198, 212-216, 232-237 y 255-257). Consiste, de este modo, en una suerte de fusión extremadamente dañina entre elementos tradicionales y modernos.

En un contexto semejante, no debería sorprendernos que los talibán estén ganando apoyos de nuevo y haciéndose con el control de numerosos territorios. Una vez más, la precariedad de la modernización favorece un proceso de regresión social.

La historia de la modernización afgana se asemeja, por tanto, a una suerte de recurrente trabajo de Sísifo, en donde los progresos y las regresiones se van alternado en el tiempo. Es más, cada vez que se ha intentado un progreso demasiado rápido, ha ocurrido luego una regresión más intensa. El sistema tradicional, más o menos transformado, se ha fortalecido con las crisis provocadas por intervenciones extranjeras o por los propios desequilibrios introducidos por la modernización. Así, el país ha acabado progresando, pero lo ha hecho a un ritmo mucho más lento que la mayoría de los demás, lo que le ha condenado a un retraso progresivo en términos comparativos. Este retraso, junto con su atractiva posición estratégica, ha favorecido su reiterada supeditación a intereses foráneos, lo que han desarticulado aún más el país, en provecho de sus tendencias centrífugas. En tales condiciones, el futuro del pueblo afgano resulta bastante incierto a medio plazo. Determinar con más precisión posibles escenarios futuros es, sin embargo, una tarea que rebasa los objetivos específicos que nos hemos marcado en este trabajo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABD AL-RAHMAN KHAN. *The Life of Abdur Rahman, Amir of Afghanistan. Volume 2*, Adamat Media Corporation, 2005.
- AMIN, Samir. *El desarrollo desigual*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1986.
- CAROE, Olaf, *The Pathans. 550 B.C.-A.D. 1957*, Londres, Mac Millan & Co LTD, 1958.
- CASTIEN MAESTRO, Juan Ignacio. “El difícil camino hacia la modernización”, Murcia, *Sociología Histórica. Revista de investigación acerca de la dimensión histórica de los fenómenos sociales*, Nº 1, 2013.
- DUPRÉE, Louis. *Afghanistan*, Karachi, Oxford Pakistan Paperbacks, 1997.
- ETIENNE, Gilbert. *Imprevisible Afganistán*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2002.
- GEERTZ, Clifford. *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1987.

- GREGORIAN, Vartan. *The Emergence of Modern Afghanistan. Politics of Reform and Modernization 1880-1946*, Standfor University Press, 1969.
- KAKAR, Hasan Kawrun. *Government and Society in Afganistán: The Reigh of Amir Abd al-Rahman Khan*, Austin, University of Texas Press, 1979.
- POULLADA, Leon B. *Reform and Rebellion in Afghanistan, 1919-1929. King Amanullah's Failure to Modernize a Tribal Society*, Nueva York, Cornell University Press 1973.
- REQUENA, Pilar. *Afganistán*, Madrid, Editorial Síntesis, 2011.
- RASHID, Ahmed. *Los Talibán. El Islam, el petróleo y el nuevo "Gran Juego" en Asia Central*, Barcelona, Ediciones Península, 2001.
- RASHID, Ahmed. *Descenso al caos. E.E.U.U. y el fracaso de la construcción nacional en Pakistán, Afganistán y Asia Central*, Barcelona, Ediciones Península, 2009.
- ROY, Olivier, *Islam and resistance in Afghanistan*, Cambridge Middle East Library, 2001.
- RUBIN, Barnett R. *The Fragmentation of Afghanistan*, Yale University Press, 2002.
- TAPPER, Richard. "Introduction", en TAPPER, Richard (Ed.), *Tribe and State in Iran and Afghanistan*, Londres y Nueva York, Routledge Library Editions, 2011.
- ZAEFF, Abdul Salam. *My Life with the Taliban*, Nueva York, Columbia University Press, 2010.

- Artículo recibido: 14 de mayo de 2014.

- Artículo aceptado: 16 de octubre de 2014.
